



Libros del Asteroide



# Jérôme Ferrari

## La isla

Traducción de Pablo Martín Sánchez



Su fanático gobernante y su bárbaro pueblo amenazaban con la muerte al infiel que osara traspasar sus muros. Incluso se rumorea que un Merlín negro pronosticó el declive y la caída si un franco ponía los pies en la sagrada ciudad.

RICHARD F. BURTON,  
*Primeros pasos en el Este de África*

**tu cuerpo de mirra y de jazmín**

Libros del Asteroide

Cuentan que, en la tarde del 3 de enero de 1855, a pesar de la venerable profecía que anunciaba la ruina de la ciudad santa poco después de que un infiel la mancillara impunemente con su presencia, el sultán Ahmad ibn Abu Bakr aceptó que el capitán Richard Francis Burton franqueara las puertas invioladas de Harar. Le concedió una sospechosa hospitalidad de diez días antes de dejarlo ir sano y salvo, un privilegio del que ningún europeo había gozado hasta entonces. Si hubiese sabido que Harar caería en 1875, habiendo muerto él de consunción diecinueve años antes, amargado y arrepentido, seguramente Ahmad ibn Abu Bakr no habría cometido el error fatal de dejar con vida al capitán Burton, y bien que habría hecho. No hace falta ninguna profecía para saber que el primer viajero trae siempre consigo incontables calamidades. Tanto da que sea una bestia sanguinaria, un aventurero co-

dicioso, un bárbaro conquistador, un llorica suplicante o un hombre como el capitán Burton, cuya sed de conocimiento le consumía el corazón en proporciones tan monstruosas que se convertía en vicio; tanto da que busque la guerra o el reposo, la conquista o la rendición: al primero que pone un pie en la orilla, por muy pacíficas y loables que sean sus intenciones, por mucho que sea un santo o el mismísimo salvador del mundo, habría que matarlo, a él y a todos sus acompañantes, sin distinción de edad ni sexo; a los viejos, a las mujeres, a los eventuales niños, a toda la horda angélica de querubines. Siguiendo esta sencilla regla, la humanidad se habría evitado, a cambio de un crimen minúsculo, una atroz e interminable retahíla de masacres, de epidemias, de tropelías y de mutilaciones, así como otras muchas abyecciones menores entre las que cabe destacar las canciones coloniales, las misiones evangélicas y, por supuesto, el turismo. No voy a negar que, en más de una ocasión, he llegado a defender esta interesante teoría con un entusiasmo algo excesivo, a menudo durante comidas familiares donde el alcohol campaba a sus anchas; pero tendría que haber quedado claro para todo el mundo que se trataba más bien de una especulación contrafactual o de una ucronía y no de un programa político, y que estaba bien fundamentada, a pesar de su radicalidad, tanto desde una perspectiva histórica como desde un

análisis lógico. Ciertamente, lo más probable es que la muerte del capitán Burton, dejándonos sin sus *Primeros pasos en el Este de África* y sin su traducción de *Las mil y una noches*, no hubiese alterado el destino de Abisinia, pero nadie podrá rebatirme que si algún indio caribeño anónimo, en un raptó de lucidez salvadora, le hubiera roto la crisma a Cristóbal Colón en vez de escuchar, con fatal curiosidad, las sandeces que decía mientras enarbolaba crucifijos y colgantes, debería ser considerado un héroe y un benefactor del género humano, recordado por los siglos de los siglos. Este mismo razonamiento resulta válido sea cual sea el país del indígena, sea cual sea la procedencia del viajero, sea cual sea el nombre de los mares que su sangre tiña ligeramente. Pero, ay, la ocasión solo se presenta una vez: cuando el mal está hecho, se vuelve al instante incurable, y no queda otra que soporarlo estoicamente, como me he encargado siempre o casi siempre de precisar. Así que nadie puede acusarme, de ninguna de las maneras, de haber hecho, ante mi familia, una apología del asesinato sistemático del primer viajero, puesto que semejante acto, ciertamente discutible desde un punto de vista moral, resulta a todas luces, y más teniendo en cuenta que no existe una máquina para viajar al pasado, perfectamente inútil, por lo que no puede considerarse, en modo alguno, que yo haya influido en el imbécil de mi sobrino

segundo Alexandre, por mucho que me acuse de ello con insistencia mi prima Catalina, su señora madre, desde la noche en que al chaval no se le ocurrió nada mejor, por no sé qué historia de una botella de vino introducida ilícitamente en su restaurante días atrás, que apuñalar a Alban Genevey, un estudiante de Medicina cuyos adinerados padres poseen desde hace años una segunda residencia cerca de la playa y al que por tanto conoce desde que eran críos, y encima hacerlo en plena calle, en el puerto, ante una atenta muchedumbre de testigos embriagados que llenaban el paseo marítimo, las terrazas de los bares y las cubiertas de los yates de gran eslora, antes de emprender lamentablemente la huida, dejando a su víctima inconsciente en el suelo, mientras brillaba en la noche la constelación azulada de las pantallas de los teléfonos que grababan la escena. Conozco muy bien la irresistible tendencia del alma humana a buscar un responsable de la infelicidad que lo embarga, pero, por mucho que lo comprenda, mi entendimiento no llega al punto de aceptar sin rechistar el papel de chivo expiatorio, sobre todo cuando sería mucho más inteligente por parte de quien me acusa dirigir su suspicaz mirada hacia sí misma. Que yo sepa (y no me privé de recordárselo sin ambages de ningún tipo), fue ella la que decidió, hace ahora veinticuatro años, acostarse con Philippe Romani, dolorosa aberración que en su día quise creer

que se debía a un desliz abominable pero pasajero, y también fue ella la que, por motivos que aún hoy soy incapaz de entender, decidió conservar el fruto de sus sórdidas e insignificantes cópulas y llevarlo hasta su completa maduración para ofrecer al mundo otro Romani, es decir, como era de prever desde el momento mismo de su concepción, un parásito lánguido, violento y perezoso, un ser irresponsable, mujeriego y sin escrúpulos, como lo fueron —no por cuestiones hereditarias, sino en virtud de una sólida cultura familiar basada en la ausencia total de principios educativos elementales, unida a un colosal sentimiento de superioridad— todos sus ancestros, empezando por su dichoso padre, Philippe, algo que yo me encontraba en disposición óptima de saber, puesto que ha sido siempre mi mejor amigo, lo que vendría a demostrar que no elegimos a nuestros amigos, como no elegimos a nuestra familia.

*(¡Ah!, ¿te acuerdas de aquellas noches de verano, cuando pasábamos a buscarte después de cenar y tus padres, sentados a la mesa de la cocina bebiendo café bajo el oscuro remolino de insectos nocturnos que orbitaban erráticamente alrededor de la solitaria bombilla que colgaba desnuda del techo, nos decían que estabas aún en la ducha y nos invitaban a tomar asiento, cosa que Philippe no hacía nunca, sin ni siquiera molestarse en rechazar la invitación, y se quedaba de*

*pie, con el corpachón bamboleándose en la diminuta estancia y la mirada puesta en la puerta del cuarto de baño, desde donde nos llegaban los ruidos de tus suaves chapoteos y de tus friegas, antes de abalanzarse bruscamente contra la puerta y arrancarte siempre un leve grito de sorpresa, al ponerse a bramar con voz lúbrica y lastimera, ¡Catalí, oh Catalí, que estás ahí dentro desnuda!, ¡lo sé, lo noto, ábreme, no me dejes morir aquí, estoy volviéndome loco, no sabes cómo te deseo!, arañando la puerta, lamiéndola a veces, jadeando como un animal, para acabar cayendo de rodillas, agarrado al frágil picaporte, como vencido finalmente por la fuerza de su deseo, y durante todo el tiempo que duraban sus payasadas y resultaba imposible no imaginar, apenas velada por las volutas de vapor casi transparente, tu ondulante y misteriosa desnudez estremeciéndose tras la puerta cerrada, te oía reír a carcajadas, unas risotadas ingenuas y tan contagiosas que tu padre y tu madre, mis lamentables tíos, se ponían a reír también, animando a Philippe a seguir con el numerito, sin decirle nunca, sin llegar siquiera a pensarlo, lo increíblemente ofensivo e inapropiado que era todo aquello, algo de lo que yo parecía ser el único en darme dolorosamente cuenta, por mucho que yo también me riera, maldiciéndome por ello, maldiciendo a tu padre, a tu madre y a ti también, a ti especialmente, maldiciéndonos a todos por la mezquindad*

*de nuestras risas serviles, hasta que por fin salías del cuarto de baño, radiante y perfumada, amenazando a Philippe con un índice juguetón, un gesto falsamente severo de maestra de escuela, antes de absolverlo con un pellizquito en la nariz cuya tierna magnanimidad venía a confirmarle lo que ya intuía desde niño, a saber, que él, Philippe Romani, podía actuar en cualquier circunstancia como le diera la gana, sin más límites que sus propias pulsiones y sin que ninguna consecuencia nefasta o simplemente desagradable tuviera nunca lugar.)*

Todos los Romani pasaban por la vida con la grata certeza de pertenecer, desde tiempos inmemoriales, a una raza escogida de señores, por lo que Philippe creía, con conmovedora buena fe, que el puñado de bastos megalitos que constituían el miserable patrimonio arqueológico de la región había sido erigido, cuando ya el oro brillaba en las puertas esculpidas de los palacios de Micenas, por sus lejanos y gloriosos ancestros, los cuales procedían sin duda del interior mismo de la tierra nodriza, en lugar de conformarse, como los del común de los mortales, con descender más modestamente, cubiertos de harapos y piojos, de una carraca ligur o balear encallada en la playa. El hecho lamentable de que a sus primogénitos varones se los bautizara sistemáticamente con nombres de reyes, emperadores o héroes antiguos es sin duda una

muestra fehaciente tanto de su megalomanía como de su total ausencia de sentido del ridículo: habiendo hecho gala, y a mucha honra, de su incultura sin par, los Romani ignoraron siempre el origen exacto de los personajes, históricos o legendarios, que dieron lustre a esos nombres y nunca les pareció extraño, como lo demuestra su grotesca genealogía, que un Hector pudiera engendrar a un Achille, o que un Hamilcar fuera el abuelo de un Scipion, lo cual me permite afirmar, sin riesgo de equivocarme, que la feliz secuencia Philippe-Alexandre solo puede haber sido fruto del azar o de la intervención de Catalina. Nada pudo hacer tambalear jamás la alta opinión que tenían de sí mismos; solo contaba lo que eran, no lo que hacían. Por muy graves que fueran sus vilezas, la superioridad de su esencia inalterable los preservaba del arrepentimiento o el deshonor. Así, se cuenta que un tío abuelo de Philippe, François Romani — que de niño me daba tanto miedo que no podía evitar mirarlo con una fascinación morbosa, inmóvil en su alto sillón de terciopelo púrpura en mitad del inmenso salón de la casa familiar, con los dedos aferrados a los reposabrazos raídos, los ojos esmaltados de muñeca mirando de forma aterradora al vacío y la baba cayéndole por la mandíbula colgante desde una boca desdentada que la mano arrugada de una vieja secaba maquinalmente a intervalos regulares con la ayuda de un pañuelo de encaje

acartonado por la grasa, mientras Philippe y yo intentábamos reblandecer los pasteles resecos de la merienda sumergiéndolos en nuestros boles de café con leche—, se cuenta, pues, que François, antes de que la ruptura de un aneurisma lo postrase para siempre en su sillón, pudo llevar con orgullo una vida de borracho profesional sin que nadie de su familia se ofendiera; así, se había pasado la mayor parte del tiempo empinando el codo en todos los bares y tabernas de la ciudad, dando tumbos de un local a otro, desde la ciudadela hasta el puerto, meando a chorro contra el muro de la iglesia mientras soltaba disparates, para acabar inevitablemente dormido en el suelo, tendido sobre sus propios vómitos, hasta que la encargada compasiva de algún burdel o cualquier buen samaritano lo ponía mal que bien sobre una mula que lo llevara, abrazado al cuello de la buena bestia o encima del espinazo como si fuera un saco de harina, a dormir la mona a su casa hasta la tarde siguiente. Si alguien ponía peros al comportamiento de François o mentaba en público las nociones de decencia y dignidad, su madre se limitaba a encogerse de hombros con desprecio y a decir sencillamente: ya saben quién es.

*(Y es que de todo sacaba constantemente provecho, incluso de la derrota y la humillación. ¿Te acuerdas de aquella noche? Nos habíamos agazapado en la oscuridad de una cuneta, entre dos coches aparcados*

*en la carretera, tú apretujada contra mí aguantándote las ganas de llorar mientras yo intentaba disimular que estaba aterrorizado, cuando el esfuerzo que hacía por esconderme era la prueba manifiesta del pavor que sentía, y mirábamos a Philippe gritar, con la camisa hecha jirones y la boca ensangrentada, su voz temblaba de indignación y alzaba un puño rabioso en dirección a la decena de tipos que acababan de darle una somanta de palos, no sabéis quién soy, malditos bastardos, soy Philippe Romani, ¿lo habéis oído? ¡Soy Philippe Romani y os juro que no olvidaréis mi nombre! Hay que reconocer que el espectáculo tenía su gracia y recuerdo que me sentí un poco más tranquilo al ver que, en contra de lo que cabría esperar, mientras trataba a sus padres de sodomitas y zoofílicos, y a sus madres de putas jorobadas, sus agresores no se le echaban encima para darle la puntilla, sino que permanecían inmóviles, con los brazos caídos, como paralizados por aquella explosión de furia extraordinaria. Yo tenía dieciséis años, tú acababas de cumplir los catorce y, gracias a Dios, no te habías convertido aún en el objeto de su sucia concupiscencia. Había insistido en llevarnos, con el permiso de tus padres, por supuesto, a la fiesta mayor de aquel pueblo, por el simple motivo de que ardía en deseos de exhibir por toda la región el Peugeot 205 GTI rojo intenso que su padre le acababa de regalar por su mayoría de edad y en*

*el que nos había metido a ti, sentada en mi regazo en el asiento del copiloto, a Django, a quien Philippe había apodado así porque era gitano y tocaba la guitarra, a su hermana Bethsabée y a una de sus primas en el asiento de atrás, y en el maletero, con el portón abierto, a los indistinguibles gemelos Benetti, con las piernas colgando a un palmo de la calzada, para dirigirnos a aquella guarida montañosa de antropopitecos donde podían recibirnos perfectamente con la misma lluvia de flechas que cae sobre el viajero que pone un pie imprudente en alguna de las playas de la isla de North Sentinel, con la diferencia de que los salvajes autóctonos, por muy dispuestos que estuvieran a exterminar ellos también a los extranjeros, no tenían reparos, como no tardaríamos en descubrir, a la hora de enfrentarse de manera muy poco caballeresca a sus propios compatriotas. Pero, al principio, tú estabas encantada, todo te parecía estupendo, el endeble cañizo que rodeaba la plaza de la iglesia —o del edificio que servía de lugar de culto en aquel nido de ratas—, la lamentable orquesta, el suelo de cemento agrietado, tú le sonreíste al cancerbero achispado que, mostrando el pecho bajo su camisa añil, vendía las entradas, no estoy seguro de si te diste cuenta de que todo el mundo nos miraba mal, en mayor o menor medida, o quizá sencillamente te traía sin cuidado, y durante un rato todo sucedió sin incidencias. Philippe esta-*

*ba acodado en la barra, donde había invitado a una ronda general, y nosotros nos habíamos instalado en una mesa con el resto del grupo, cerca de la pista de baile, y estuvimos bebiendo champán del malo hasta que empezó la serie de baladas que desencadenaría el desastre. Mientras la orquesta destrozaba Still Loving You, uno de los gemelos Benetti se levantó para ir a buscar a una muchacha con la que bailar, sin que ninguno de nosotros tuviera la sensatez de disuadirlo, y un tipo se acercó a nuestra mesa tambaleándose, farfulló no sé qué y te cogió del brazo para llevarte a la pista sin pedirte siquiera permiso, y tú te desembarazaste de él soltando un grito y yo, estúpidamente, me levanté y le dije al tipo, ¡déjala en paz, capullo!, arrepintiéndome de inmediato de aquel «capullo» tan innecesario como imprudente, en el preciso instante en que el gemelo Benetti, renunciando a su romántico proyecto, cruzaba la pista a toda velocidad en dirección a la salida bajo un estruendo de cristales rotos y con una horda vocinglera persiguiéndolo por motivos desconocidos o más bien inexistentes, si bien al día siguiente nuestros agresores, cabizbajos ante el padre de Philippe, se justificarían aludiendo a ciertas insinuaciones deshonestas dirigidas a una chica del pueblo que era, según ellos, su hermana, su sobrina o su prima, o más probablemente, en aquella cuna pútrida de la consanguinidad, todo a la vez, y, sin necesi-*

dad de ponernos de acuerdo, salimos pitando nosotros también, yo pasé a toda mecha junto al cancerbero de la entrada sin soltarte de la mano, mientras a pocos metros Django escapaba por los pelos de unas manos asesinas que intentaban atraparlo saltando con la agilidad de la desesperación sobre el capó y luego sobre el techo de un coche aparcado, brincando de techo en capó y de capó en techo a una velocidad sobrenatural, al tiempo que tú y yo nos sumergíamos en la noche para agazaparnos en aquella cuneta, entre otros dos coches, desde donde pudimos oír los gritos de dolor de los gemelos Benetti, a los que estaban dando una paliza monumental afortunadamente interrumpida por la serena y majestuosa llegada de Philippe. Pero, bueno, dijo con un tono de voz increíblemente tranquilo, ¿se puede saber de qué va todo esto, chicos, qué coño estáis haciendo?, ¿qué es eso de pegar a unos críos?, como si él no tuviera dieciocho años recién cumplidos, ¿podemos hablar, no?, ¿arreglar las cosas de otra manera?, y, mientras los gemelos aprovechaban para poner pies en polvorosa, unas voces almibaradas respondían, ¡oh, claro que podemos arreglar las cosas de otra manera! ¡Sal a hablar un rato con nosotros, ven aquí!, ¡no te haremos nada, prometido!, pero en cuanto Philippe se aventuró cándidamente fuera del recinto vallado de la fiesta, a pesar de sus falaces promesas de inmunidad, aquellos retrasados mentales se le echa-

*ron encima haciendo que irrumpiera en gritos al ver su confianza traicionada y, cuando se levantó, indignado y ensangrentado, se les encaró y les dijo, ¡no sabéis quién soy! Soy Philippe Romani y voy a ir a por vosotros, de uno en uno, una amenaza ciertamente admirable, pero que en aquel momento me pareció de lo más ridícula, y me lo siguió pareciendo hasta que pude comprobar su eficacia cuando, en contra de lo que cabría esperar, un convoy de vehículos bajó de las montañas para detenerse frente a la casa de los Romani y nuestros verdugos se apearon para pedir formalmente disculpas, unas disculpas que Philippe aceptó con la noble imperturbabilidad de un rey recibiendo pleytesía de sus vasallos y exigió que se disculparan también ante ti, ante toda la comunidad gitana y ante los gemelos Benetti, uno de los cuales estaba claramente más magullado que el otro, lo cual nos permitió, durante algunas semanas, distinguirlos.)*

Mi sobrino segundo Alexandre también creció con la certeza de que sabían quién era, lo cual a mi modo de ver fue para él a la vez una bendición y un lastre, seguramente más un lastre que una bendición. Pero tampoco parecía que le hiciera falta un gran esfuerzo para llegar a ocupar un lugar destacado en aquel linaje de holgazanes; que yo sepa, durante siglos los Romani se habían limitado a aprovecharse del trabajo duro de la plebe a la que alquilaban sus tierras y sus casas,

por lo que no tuvieron que mover ni un dedo para satisfacer sus necesidades mientras duró la bendita era feudal, es decir, en esta tierra nuestra ignorada por el majestuoso curso de la historia y del progreso, aproximadamente hasta los años treinta del siglo pasado, por hacer una estimación de lo más prudente. Cuando esta edad de oro llegó bruscamente a su fin, los Romaní se vieron obligados, no a rebajarse deshonrosamente a trabajar, pero sí a mostrarse algo más activos de lo que nunca se habían mostrado; Pierre-Marie, un tío abuelo de Philippe, hermano pequeño de su abuelo Achille, desempeñó una breve carrera de bandido a lo largo de la cual atrató y aterrorizó a toda la región antes de que un hachazo anónimo lo alcanzara en el apogeo de su gloria; el propio Achille montó, entre Niza y Mónaco, un turbio negocio de máquinas tragaperras que no tardó en abandonar, según dicen, para dedicarse al proxenetismo con las jóvenes muchachas que las inocentes familias de la región le mandaban con la esperanza de que les encontrara un puesto como empleadas del hogar o costureras, y el entramado alcanzó tal éxito que tuvo que pedirle a su hermana Eugénie que fuera a echarle una mano con el negocio, desempeñando las funciones de madama, a pesar de su corta edad, y hasta puede que, como sostienen las malas lenguas, la pusiera también a ella a hacer la calle, algo que la muchacha habría aceptado

sin rechistar por solidaridad familiar e incluso, según mi madre, reclamado fervorosamente porque tal era su vocación; en lo que respecta a François, del que ya he hablado, se quedó donde estaba para dedicarse a empinar el codo con denuedo, sin desfallecer jamás ni dar el menor indicio de agotamiento. César, el padre de Philippe, nunca tuvo tanta energía que gastar. Se limitó a despedazar poco a poco el vasto patrimonio familiar, vendiendo los terrenos a medida que lo requería su falta de liquidez, y sin duda habría llevado a los Romani a la ruina más absoluta si el milagro del turismo no hubiese caído del cielo para ofrecerle una salvación muy poco merecida. En contra de lo que cabría esperar, pues las personas sensatas habían huido siempre en verano de la costa tórrida e insalubre, una locura colectiva había llevado a concentrar en las playas a masas cada vez más compactas de estúpidos extáticos que acudían a cultivar sus futuros melanomas embadurnándose con aceites de coco y cremas bronceadoras bajo el sol ardiente, a que les picaran los mosquitos y las avispas insaciables, a compartir sus miasmas y sus micosis en la templada infusión mediterránea, y encima dispuestos a pagar por ello. Los Romani poseían evidentemente buena parte del litoral, y aquellas extensiones estériles de rocas y de arena que unos años antes nadie habría querido ni regaladas valían ahora una fortuna. César no pensaba

de ninguna de las maneras molestarse en explotarlas por su cuenta, cuando le bastaba con alquilarlas para obtener el dinero que necesitaba, limitándose al modesto esfuerzo de tender su codiciosa mano. Philippe era bastante más inteligente que su padre y de una pereza menos radical. Mandó restaurar viejos establos que amenazaban con venirse abajo y los transformó en bucólicas residencias vacacionales, hizo construir un chiringuito en la playa, tuvo la genial idea de cerrar y llamar «aparcamientos» —de pago, por descontado— a cada uno de sus terrenos con acceso al mar, y abrió en la parte alta de la ciudad una tienda de souvenirs, un restaurante y un local con actuaciones musicales en directo, cuya gestión delegó en sus seres más cercanos, pues tampoco era cuestión de deslomarse: la tienda, en su tía abuela Eugénie, el restaurante, en los Benetti y el local en Django y Bethsabée. Esas fueron, pues, las figuras masculinas que tuvo como modelo mi sobrino Alexandre. En la pared de su habitación, junto a un enorme póster de *El precio del poder* que unos gendarmes consternados pero nada sorprendidos descubrieron durante el registro, Alexandre tenía colgada la portada de una revista sensacionalista de los años treinta en la que se veía al bandido Pierre-Marie Romani, tocado con un inverosímil gorro terminado en punta, presentando su escopeta con cara de pocos amigos, como si apuntara al lector. En fotos más pe-

queñas, recortadas de las páginas interiores, aparecía en otras poses grotescas: simulando esconderse tras unos peñascos, como escapando de las garras de los *voltigeurs*,\* bebiendo agua en un manantial o contemplando el mar desde un promontorio con aire circunspecto y, Dios sabrá por qué, un cordero balando entre sus brazos. El resto de la decoración — una vista nocturna del *skyline* de Dubái, varios coches deportivos en miniatura y una colección de sables japoneses de origen incierto — parecía haber sido igualmente escogida por un adolescente tardío con exceso de testosterona y no tanto por un joven de veintitrés años. Pero Alexandre nunca estuvo a la altura de sus sueños, por mucho que hubiesen salido directamente de una mediocre novela de aeropuerto. Y, sin embargo, a pesar de todos mis esfuerzos, a pesar sin duda de los esfuerzos de toda su familia materna, nunca renunció a ellos. En el fondo, creo que nos despreciaba. Lo cual, bien mirado, no es de extrañar: nosotros no teníamos nada, nos habíamos dedicado siempre a trabajar honestamente, lejos de burdeles y de locales de medio pelo, habíamos ido asiduamente a la escuela desde que tuvimos la oportunidad de hacerlo, habíamos venerado la cultura y el estudio, porque nada

\* Los *voltigeurs* eran soldados de un cuerpo especial creado en Córcega a principios del siglo XIX para luchar contra el bandolerismo. (N. del T.)

nos importaba más que salir del lodazal, y lo habíamos conseguido, dejando atrás nuestro pasado de paurdos analfabetos y haciendo la mayoría de nosotros una honorable carrera, bajo el sello de la abnegación, en la educación nacional. Lo cual, bajo la perspectiva de Alexandre, no hacía sino confirmar nuestro estatus de pardillos fracasados. Ver a sus propios abuelos maternos comportarse como lacayos en presencia de su padre no ayudaba precisamente a hacerle cambiar de opinión, pero aunque la hubiera cambiado hasta el punto de querer seguir nuestro ejemplo por la senda del trabajo y la meritocracia, no habría servido de nada; desde la escuela primaria, Alexandre tuvo unas preocupantes dificultades que Catalina, cegada por su amor de madre, siempre atribuyó a un exceso de sensibilidad, a su carácter soñador o a una forma poco ortodoxa de genio, sin querer aceptar que la causa real de aquellas dificultades saltaba a la vista por poco que se analizara objetivamente la situación: el muchacho era un inútil integral. Si me hubiese quedado alguna duda, la habría resuelto por completo varios años más tarde, cuando no pude evitar tenerlo en clase el último año de bachillerato, año que aprovechó para atracar una tienda de comestibles y dejarse arrestar *ipso facto*, lo que le permitió darse el gusto de hacer los exámenes de selectividad con un grillete electrónico en el tobillo. Total, que Alexandre era, en el sentido más li-

teral de la expresión, un cero a la izquierda. Resultaba tan imposible ignorarlo como intentar enmendarlo. El único remedio para evitar semejante desastre genético habría sido que Catalina hubiera preservado a su hijo de la existencia absteniéndose de acostarse con Philippe, algo que evidentemente no hizo.

*(Y fue una vez más uno de los gemelos Benetti, si mi dolorosa memoria no me falla, el que vino a darme la noticia de vuestro probable apareamiento, tras haberos sorprendido besándoos en los morros en la terraza de un bar de la ciudadela, algo que yo me negué a creer, primero porque me parecía espantoso y luego porque Philippe no besaba a sus conquistas en público, si es que las besaba alguna vez, algo que yo dudaba seriamente, y no sin motivo, pues tras años de observación de su comportamiento con las chicas que aceptaban acostarse con él, que habían sido increíblemente numerosas, había llegado a la conclusión, triste pero irrefutable, de que no eran a sus ojos más que trozos de carne extrañamente dotados de habla, de los que solo le interesaban los más tiernos y con los que habría sido absurdo establecer relaciones que fueran más allá de los límites voraces de la consumición; en fin, que Philippe trataba al género femenino con la delicadeza y la elegancia de un verraco en celo, pero yo pensaba que al menos tendría le decencia de no fijarse en ti, a quien conocía desde siempre, a pesar*

*del numerito repetido infatigablemente durante años ante la puerta del cuarto de baño, en presencia de tus padres, y que yo creía que no era más que una broma de mal gusto, sin llegar a imaginar que tú responderías a sus repugnantes aproximaciones con tan poca sensatez, en lugar de hacer caso de mis advertencias fraternales, y que me enviarías a tomar viento, aconsejándome, cito textualmente, que me ocupara de mi culo, como si te hubieras contagiado de la vulgaridad de Philippe en el preciso instante en que tu dulce saliva se mezcló con su baba de gorrino en la terraza de un bar de la ciudadela, argumentando que yo no era ni tu hermano ni tu padre, lo cual, añadiste, tampoco habría cambiado nada, pues tú no admitías que nadie te dijera lo que tenías que hacer y menos aún si era a costa de difamar a su mejor amigo, cuando si yo sabía de lo que hablaba era precisamente por tratarse de mi mejor amigo, por haber estado allí, en primera fila, desde el inicio de nuestra vida sexual, la cual, mal que me pese, habría sido muy distinta, por no decir casi inexistente o reducida a la monótona práctica del onanismo, como la de nuestros infelices ancestros, sin la plaga del turismo, el cual, por muy detestable que fuera, depositaba en nuestras costas una cantidad suficiente de jóvenes mujeres de los más variados orígenes para que tuviéramos la certeza estadística de encontrar voluntarias que quisieran seguirnos a algu-*

no de los establos que Philippe reservaba para semejante uso y que a mí no me quedaba más remedio que utilizar porque mi madre prohibía toda copulación ilícita bajo el techo familiar, y sabe Dios que yo habría preferido no tener que soportar la presencia extremadamente sonora, hasta el punto de resultarme vejatoria, de Philippe y de su acompañante de turno en la habitación de al lado, sobre todo porque siempre, y cuando digo siempre quiero decir siempre, acababa por irrumpir en la mía, sudando y en pelotas, haciendo que la chica que estaba conmigo se pusiera a temblar de miedo y se me echase al cuello al oír chirriar los goznes de la puerta y ver recortarse a contraluz la silueta atlética de Philippe, cuya sombra deformada se proyectaba en la pared blanca como la de un monstruo de cuento de hadas en versión priápica, con su gran rabo aún turgente balanceándose amenazadoramente y dando palmas mientras exclamaba con júbilo, ¡venga, cambio!, ¡déjame a mí a esta y vete tú a follar con la otra!, y la pobre muchacha me abrazaba hasta asfixiarme, temiendo seguramente haber caído en las garras de dos psicópatas, aunque calmándose un poco al oírme responder, pero qué dices, aquí no se cambia nadie, ya ves que ella no quiere, ¡y además yo tampoco quiero!, una respuesta que provocaba en Philippe una sarta de protestas y de argumentos malintencionados a los que yo ponía fin gritando, ¡larga-

*te, joder, lárgate de una puta vez!, hasta que se batía en retirada dando un portazo y tildándome de egoísta, mientras que la chica, ahora ya del todo calmada, me besaba y me decía, ¡gracias, gracias, he pasado tanto miedo!, y esto es lo que yo sabía de Philippe, y te lo contaba con todo detalle para que no pudieses hacer como que no lo sabías, aunque en el fondo te lo contaba en balde, porque tú no querías escucharme, no me creías o me creías a medias pretendiendo que su desprecio absoluto, su ordinariez, su incapacidad total para atribuir a otros seres humanos una vida interior hecha, como la suya, de deseos, de desesperación, de proyectos y de miedos, afectaba a todos los turistas en general — ¡como si algo así fuera aceptable o insignificante! — y no solo a las mujeres, o en todo caso no a ti, a quien trataba, según decías, con respeto y consideración, pero yo no podía sacarme de la cabeza la imagen de su sexo reptiliano forzando tus deliciosas carnes sin que tú te disgustaras e incluso gozando tan ruidosamente como las chicas de la habitación de al lado en el establo, y me entraban ganas de llorar, esta vez era yo el que no quería creerlo, hasta que tu embarazo no me dejó más alternativa, pues la hipótesis de una inmaculada concepción, de un leve soplo divino fecundando tu cuerpo de mirra y de jazmín, quedaba desgraciadamente excluida, y en lugar de hacer frente a la magnitud de la tragedia e ir corriendo a la clíni-*

*ca más cercana para ponerle remedio, os mostrasteis encantados, tanto tú como el dichoso padre, el cual, como era de esperar, puso elegantemente fin a vuestra relación, por mucho que tú me aseguraras falsamente que había sido una decisión acordada, estando como estabas embarazada de ocho meses, y siguieras sosteniendo con insensata obstinación que aquello no cambiaba nada y que él siempre estaría allí para cuidar de ti y de vuestro hijo, que yo aún tenía la esperanza de que fuese una niña, pero evidentemente fue un niño, un bebé enorme, coloradote y gordinflón, que exhibía sin pudor alguno, por encima de la bolsa escarlata del escroto, una verga horriblemente desproporcionada, mientras pataleaba en una cuna sobre la que debían de estar asomándose ya tres brujas socarronas.)*

Ya nada podía evitarse, pues. Aquella noche del mes de agosto, veintitrés años más tarde, tras pasar por casa a coger de su colección un *wakizashi* de pacotilla, probablemente hecho en serie en una fábrica china, pero dotado de una hoja mortal de treinta centímetros, Alexandre se puso en marcha, con el espíritu liberado y el corazón henchido de un furor dichoso, según me confesaría él mismo cuando fuera a visitarlo al centro de detención preventiva, sabiendo perfectamente, tras pasarse horas atormentado por el insomnio, lo que tenía que hacer, de manera justa, correcta y santa. Cuentan que una de las noches que sucedie-

ron a la partida del capitán Richard Francis Burton de Harar, el sultán Ahmad ibn Abu Bakr se despertó entre sudores, con el pecho dolorido por un interminable ataque de tos y más aún por la vergüenza de haber causado la ruina de la ciudad santa dejando partir sano y salvo al extranjero que había cruzado la puerta azul de su palacio, algo que todos sus ancestros soberanos, privados por su culpa de la posteridad, habían ido a recriminarle apareciéndosele en sus sueños febriles de tísico, la vergüenza de haberse dejado embaucar por los discursos zalameros del huésped cuya mano sacrílega había profanado antaño la piedra negra y fingido lapidar a su maestro Satanás, unos discursos que evocaban, en la más pura lengua árabe, misiones grandiosas, alianzas fabulosas, un porvenir próspero y opulento, y la amistad eterna de una nación y de su lejano monarca, a quien Ahmad ibn Abu Bakr nunca conocería y que no significaban nada para él. El sultán pensó enviar en busca del capitán inglés a una tropa de guerreros gallas, pero acabó renunciando porque sabía que nadie puede impedir que se cumpla una profecía, porque los últimos rescoldos de su voluntad se habían apagado ya en su alma, porque estaba muy cansado y necesitaba dormir, a pesar de la fiebre y las pesadillas, mientras Richard Burton se daba prisa en llegar a las costas del golfo de Adén, a Berbera, donde lo esperaba la lanza somalí que habría de atravesarle

las mejillas de un lado al otro. Alexandre, sin embargo, había dejado de dormir y no sintió fatiga alguna al recorrer sin descanso las callejuelas de la parte alta de la ciudad persiguiendo a aquel a quien no pensaba dejar escapar, se mezcló con los grupos de turistas más o menos entonados que había ya a aquella hora avanzada, muchos de los cuales se habían quitado la mascarilla quirúrgica o se la habían bajado hasta el mentón mostrando la carne húmeda de sus labios rosados, hasta el punto de que, según me confesaría también cuando fui a visitarlo al centro de detención preventiva, su voluntad era tan feroz e inquebrantable, y su rabia tan pura, que si no hubiese acabado por encontrar a Alban Genevey, habría apuñalado al azar a cualquiera de aquellos cabrones hijos de puta.

*(Aquella noche, tras haber esperado veintitrés años, las pacientes brujas activaron el hechizo que le habían lanzado en la cuna, un antiguo maleficio de furia guerrera que lo embriagó de justicia y de sangre. Yo estaba apoltronado en una mesa del local con uno de los gemelos Benetti —a saber cuál de los dos—, apurando una botella de whisky mientras escuchábamos a Django tocar un blues, cuando apareció Philippe en un estado de extrema agitación y nos preguntó si no habíamos visto a su hijo, al que a mí me había parecido vislumbrar discutiendo brevemente con Bethsabée en la barra, sin poder precisar si había sido hacía*

diez minutos o dos horas, y Philippe me cogió del brazo y me dijo, *sígueme, hay que encontrarlo, ha hecho una estupidez, una estupidez enorme esta vez, tenemos que encontrarlo, a lo mejor está en casa de su madre, y mientras íbamos hacia allí en moto vi la luz azul de los faros giratorios titilando en el puerto y supe que la hora del castigo había llegado. Aparcamos delante de tu casa, le pregunté a Philippe qué había pasado exactamente y por qué había tanta policía en el puerto, por mucho que pudiera hacerme una ligera idea, pero no me contestó, se pasó una mano por la cara y me dio un rápido abrazo mientras me decía, menuda cagada, esta vez la ha cagado pero bien, acompáñame, y llamó muy fuerte a la puerta, como se llama siempre cuando hay una desgracia, supongo que pensó que estarías durmiendo y que había que despertarte, pero enseguida oímos tu voz diciéndonos que entráramos, avanzamos en la oscuridad y te encontramos sentada en el salón, con la luz apagada, apenas iluminada por las primeras claridades del alba, de un azul pálido, y Alexandre estaba de rodillas frente a ti, con la camiseta ensangrentada, la cabeza puesta en tus rodillas y llenándote de lágrimas el camisón, hasta el punto de que casi me dio pena, pero, en cuanto lo vio, Philippe se abalanzó sobre él gritándole, pero ¿qué es lo que has hecho?, ¿qué es lo que has hecho, desgraciado?, y levantó el puño para pegarle, pero, antes de que tú*

*tuvieres tiempo de interponerte, Alexandre lo miró y murmuró, papá, papá, lo siento, pégame, por favor, y el brazo de Philippe cayó cual peso muerto a un lado del cuerpo, como si se le hubiesen aflojado los músculos de golpe, y se arrodilló junto a su hijo para abrazarlo y, por primera vez en casi cincuenta años, lo vi llorar, no sin cierta repugnancia, debo confesarlo, mientras seguía mascullando, serás desgraciado, ¿qué va a ser ahora de nosotros?, y tú te inclinaste hacia ellos para acariciarles el pelo, con un movimiento que me permitió apreciar la curva aún cautivadora de tus pechos, y aquella tierna escena de familia se prolongó hasta que Philippe se incorporó sorbiéndose los mocos y dijo que había que ser valientes e ir a comisaría, porque la poli acabaría por encontrarlo y huir no serviría de nada. Subimos a tu coche y llegamos a comisaría hacia las seis de la mañana. Philippe nos dijo que esperásemos y fue a llamar al timbre de la puerta de entrada. Intercambió varias frases con una hermosa mujer de unos cuarenta años, uniformada, y al cabo de un instante nos indicó que lo siguiéramos. Alexandre salió del coche y su carrera se acabó allí, en el parking de la comisaría. Antes de entregarse, pidió permiso para besar a su madre, a lo que la agente accedió con un movimiento de cabeza, y Alexandre la besó, besó también a Philippe y a mí me saludó vagamente con la punta de sus dedos ensangrentados,*

*tras lo cual lo vimos entrar en la comisaría, con la respiración entrecortada y las manos temblorosas, y se volvió hacia nosotros por última vez cuando tú gritaste su nombre.)*

Libros del Asteroide